

Comentario

Concha D'Olhaberriague

ORCID: 0000-0003-4269-3266

Al afrontar el comentario del poema de Unamuno contra Ortega, sentí, en un principio, debo decirlo, una cierta prevención y casi rechazo por el tono desabrido, maledicente e injurioso que rezuma.

Busqué, luego, con el fin de resucitar al autor y oír sus razones, las palabras de José Moreno Villa en su delicioso libro de memorias, *La vida en claro*, de 1944, donde narra el episodio siguiente.

En una visita a Salamanca en el año 1913, leyó unos versos de su “Selva fervorosa” a Unamuno, en tanto que éste hizo lo propio con tiradas de “El Cristo de Velázquez” y algunas poesías satíricas, entre ellas esta composición.

Tras mostrársela el entonces rector y preguntarle, ufano, qué le parecía, el poeta malagueño le replicó, molesto, que consideraba una lástima que anduvieran a la greña, siendo como eran dos valores de tal altura. Unamuno, entonces, recapacitó, hundió la barba en el pecho, y –sigue Moreno– enrojeció hasta por el cuero cabelludo, tras lo cual, sentenció: “pero Ortega es de una soberbia...” Al parecer, al día siguiente relató lo ocurrido en su tertulia, leyendo a los asistentes el poema, cabe colegir.

No obstante, repasándolo con posterioridad, la prevención inicial me abandonó y se me impuso la evidencia insoslayable de que estos versos vejatorios, insidiosos y sarcásticos dirigidos a su admirado Ortega son Unamuno en estado puro, si no de lo mejor, huelga señalarlo, sí de lo más genuino de uno de sus yos, el acre, y, a las veces, injusto, como él mismo ha admitido con reiteración.

Al igual que los versos de su maestro Quevedo, son los suyos capaces de emocionar, conmover y herir con el mismo brío y similar eficacia. “Haz de tu estilo estilete”, recomienda, quevediano, en un poema jocoso del exilio de Hen-

Cómo citar este artículo:

D'Olhaberriague, C. (2011). Comentario. *Revista de Estudios Orteguianos*, (22), 235-239.

<https://doi.org/10.63487/reo.486>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 22. 2011
mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

daya. Justamente en esta localidad y en tiempos de destierro escribió varias piezas sarcásticas memorables, en especial el romance a Primo de Rivera.

Desde el año de 1911, añade Unamuno, ya siempre, bajo el poema la fecha de redacción. Ello nos permite saber que, ese mismo año de 1913, y tan siquiera unos pocos días antes, compone la sentida elegía “En la muerte de un amigo”, o el impresionante poema noventaiochesco y romántico, “En un cementerio de lugar castellano”, de *Andanzas y visiones españolas*, cuya lectura provoca escalofrío.

En el hermoso libro de viajes que acabamos de mencionar, se encuentra, además, una pieza trascendental en la creación poética unamuniana, “El Cristo yacente de Santa Clara”. En verso libre con bastantes asonancias, la truculencia y el tenebrismo de la descripción de la pavorosa imagen, agusanada y animaloide, se realza por la fuerza de la repetición obsesiva, de letanía, de la palabra tierra, metonimia de muerte. Este Cristo del convento de Margarita la tornera, antítesis del Cristo luminoso del cielo, fue el causante indirecto de que Unamuno, presa de remordimiento y mala conciencia por los tintes macabros de los versos que le había dedicado, se entregara en cuerpo y alma a la ejecución de su gran poesía en loor del otro Cristo, el de Velázquez, que no se publica hasta 1920.

“El Cristo yacente de Santa Clara” vio la luz en las páginas de *Los Lunes de El Imparcial*, en mayo de 1913. Otro poema muy representativo de su temple agonal es el titulado “Si vis pacem, age bellum”, de este mismo año.

En el género poético vierte Unamuno la veta más honda y sincera de su apasionado vivir, con su variada gama de acentos. Renunciemos a escindir en él, un poeta tan derramado, en palabras de Juan Ramón Jiménez, el yo poético del autor. Si la prosa unamuniana es claramente confesional, tal carácter se incrementa de manera considerable en la poesía, cauce por excelencia de su autenticidad. La interpretación de su escritura, culta, elaborada y en absoluto transparente, no nos confundamos, ha de partir, forzosamente, de dicha premisa.

Todo Unamuno está en sus versos, el sublime, el tierno, el melancólico, el etimologista, el ingenioso y el atravesado de amargura que ahora nos ocupa, y tales estados de ánimo, constitutivos como son, conviven si no en simultaneidad, sí en sucesión cercana y reversible. A tal efecto mencioné, como encuadre, unas pocas obras poéticas significativas.

Estamos, por añadidura, ante un texto escasamente difundido que suma una nota más en el concierto estridente y discordante de la bien conocida polémica de nuestros dos mayores filósofos. El pensador bilbaíno, complicado, genial y tempestuoso, sabe de sus saltos verbales desbocados y admite que sus torrentes pasionales pueden precipitarse en aseveraciones inveraces.

Don Miguel es, sin duda alguna, uno de los grandes de nuestras letras a despecho de la desigual valoración de su poesía por los críticos. Comparto con Luis Felipe Vivanco y José María Valverde, entre otros, la idea de que estamos ante el mayor poeta romántico español, demorado, pero con todos los rasgos propios de esta corriente: “Un poeta es el que desnuda con el lenguaje rítmico su alma y remueve el légamo de sus amarguras”, es una de sus múltiples definiciones sobre el oficio, y no la estimo inapropiada para enfocar el poema que traemos a colación.

En estas lides de la poesía, fue tardío si comparamos sus fechas con aquellas en las que se estrenan sus contemporáneos. Lo es, igualmente, en relación con su propia biografía. Pese a que ya en 1893 hallamos impresos cuatro poemas suyos en el suplemento cultural de *El Nervión*, tiene cuarenta y tres años cuando se decide a publicar su primer libro, *Poesías*. Tal retraso, testimonia más bien, en mi criterio, ansiedad nacida de la incertidumbre acerca del recibimiento de esta nueva faceta creativa suya por parte del público, presente y futuro.

Mucho le iba en ello, e insistió con ahínco –quién sabe si en consonancia con el achaque cervantino expresado en el famoso terceto del *Viaje del Parnaso*: “yo, que siempre trabajo y me desvelo/por parecer que tengo de poeta/ la gracia que no quiso darme el cielo”– en que se le tuviera por poeta por encima de todo. Así lo dice en una muy interesante carta a su maestro Clarín, en fecha tan temprana como 1900, siete años antes de que se publicara su primer poemario:

Más me parece pensador que sabio, y más que pensador, filósofo; pero al morir quisiera, ya que tengo alguna ambición, que dijese de mí: ¡fue todo un poeta!

En 1912, cinco años después de dar a la estampa su libro primerizo, envía sus *Sonetos líricos* a José Ortega y Gasset, cuyo escaso aprecio de su poética le disgustaba hondamente. Al ejemplar adjunta una nota con la observación siguiente:

Sé no gusta usted de mi poesía y tengo la flaqueza de creer que o soy poeta o no soy nada. Ni de filósofo ni de pensador, ni de erudito, ni de filólogo me precio; sólo presumo de ser un buen catedrático y un sentidor o un poeta.

Y al año siguiente, un encuentro fortuito con Ortega en El Escorial es el resorte último que inspira y provoca en Miguel de Unamuno el poema sin título, pero con indicación precisa de la fecha y el lugar de redacción, que presentamos.

En uno de los frecuentes viajes entre Salamanca y Madrid, hizo escala en la localidad serrana, donde, en ocasiones, se detenía a pasar la noche para proseguir al día siguiente. No hay constancia de que se encontrara con Ortega, tal como apunta Víctor García de la Concha en el prólogo de su edición crítica del *Cristo de Velázquez*, en la que publicó, en calidad de inédito, el poema vejatorio de Ortega.

Unamuno no quiso hacerlo en vida, con toda certeza. No hay que descartar que, con el tiempo, se percatara de la improcedencia de las acusaciones proferidas. De lo contrario, lo habría dado a conocer públicamente. Su temperamento ríscoso y su fuerte personalidad podían llevarlo a ser desafiado y a precipitarse en la desmesura. No tuvo nunca, en cambio, ni un ápice de cobardía, y, sabido es, lo pagó con creces. Contradictorio y paradójico en profundidad, de la estancia escurialense le nace, a la par, el motivo para un sosegado y bucólico artículo, de guisa casi ecologista, estampado en *Los Lunes* bajo el título de “El árbol y el libro”.

La composición de vituperio de Ortega no aparece en las ediciones antiguas de *Obras completas*, ni está en las *Poesías completas* de Alianza, a cargo de Ana Suárez Miramón (1987-1988). Tampoco la recoge ni menciona Ricardo Senabre en la más reciente de Castro (1999-2002), muy posterior, por tanto, a la de García de la Concha, pese a que dedica un apartado a poesías sueltas.

En autodiálogo, uno de sus registros preferidos, Unamuno parece entrenarse en voz muy alta y destemplada para un duelo hipotético con su adversario Ortega. No ha transcurrido mucho tiempo desde la carta antedicha, donde se duele de la poca estima orteguiana de sus versos, hasta la escritura del poema, fechado con días y año, y localizado, como dijimos, en uno de los enclaves orteguianos por excelencia, llamado por el filósofo madrileño, con hermosa metáfora, la gran piedra lírica.

Más que tener una cita o charla con Ortega, cabe pensar, como me sugirió atinadamente Pepe Lasaga, que Unamuno lo viera paseando, pudiera ser que por la Herrería, marco anímico y prólogo de sus *Meditaciones del Quijote* publicadas al año siguiente, y se pusiera a observarlo de forma subrepticia.

El improperio asoma *ex abrupto* en los primeros versos, y hasta condiciona la métrica, haciendo del primero un dodecasílabo cuando en estas tiradas polimétricas de verso blanco suele ser el más largo el endecasílabo. No tiene un semblante amable su retratado, cuya frente es “cejijunta, oscura”, atributos de persona torva, que, para colmo, no mira de frente, sino al suelo.

Acaso llevara un libro en un bolsillo, y las manos en ambos. Partiendo, acto seguido, de tales detalles, se dispara, y de qué modo, la invectiva unamuniana, con la abierta y sola intención de denigrar al destinatario. Si en la conversación con Moreno Villa achaca soberbia a Ortega, el verso en apostilla

e inciso "Atlante de la Idea" –con mayúscula como la Kultura, a la germana, del apóstrofe final de *Del sentimiento trágico de la vida*–, hace patente que sería merecedor, por tal pecado –del que Unamuno se confesaba reo y sobre el que escribió más de una página– de llevar en castigo el mundo, como le infligió Zeus a Atlas tras la titanomaquia de la teogonía griega por capitanear la lucha contra los olímpicos.

Prima el *animus iniuriandi* y, con tal propósito, se desvanecen los límites y la dislocación semántica deliberada produce una lógica *ad hoc*. De llevar las manos en los bolsillos se sigue la avaricia y el libro guardado vale por las fuentes ocultas e inconfesas por impostura.

De la siniestra apariencia se pasa a poner en solfa las acciones e intenciones del caricaturizado. El afán de liderazgo reconocido y proclamado por Ortega deviene en una rumia paranoica del protagonista, quien, sintiéndose incomprendido, acusa al pueblo de ingrato y necio por no prestarle oídos. En la segunda parte del poema entramos en un proceso de animalización: "gallina", "polluelos", "alas".

Tal deriva prosigue con la contraposición entre la lechuza, ave nocturna y el águila, símbolo siempre, en especial en la alegoría religiosa evangélica tan frecuentada por el autor, de majestad, altura y luminosidad. Es interesante reparar en el trueque que hace aquí de la imaginería del *Cristo de Velázquez*, en plena fragua a la sazón. Por otra parte, afloran en estos versos, con la deformación correspondiente, los tópicos de los desacuerdos con el Ortega aún kantiano: "alas lógicas, objetivas"; "conocimiento"; "opinión"; "idea"; "eterno".

El poema se remata con versos exclamativos y sermoneadores, que, sumados a los de la exclamación de comienzo de la segunda parte ("¡Cuántas veces no quiso recogerle!") y a las preguntas del comienzo, redondean y pautan la modulación melodramático- burlasca de la copla.

No figura el nombre del aludido, mas nadie avisado puede abrigar vacilación al respecto.

Miguel de Unamuno

Un poema sin título

Sobre la frente cejijunta, oscura
llevar parece el peso
–Atlante de la Idea–
de todo el cielo,
y por eso la dobla
penosamente al empolvado suelo.
¿Ve la tierra que pisa?
¿o por debajo de ella ve el misterio?
Las manos en los bolsos,
cual custodiando en ellas el dinero.
Lleva en un bolso un libro
el título hacia dentro,
no sea que miradas indiscretas
le descubran el arma
y con ella le roben el secreto.
Va pensando en sus muchos enemigos,
la terrible conjura del silencio,
la postración fatal en que se arrastra
su pobre pueblo.
Cuantas veces no quiso recogerle
bajo sus alas, como a sus polluelos
recoge la gallina,
y ni aun siquiera se enteró el muy necio.

De idea eran las alas, alas lógicas,
objetivas, de peso,
las de aquella lechuza de Minerva
símbolo augusto del conocimiento,
y no de la opinión, que ve en lo oscuro
y en lo claro no ve, y por eso el vuelo
de noche tiende en busca de su presa
objetiva también, también de peso.
Cuanto gravita es sólo idea y sólo
en ella está lo eterno,
mas vive presa en este mundo impuro
que escucha a charlatanes y logreros.
¡Ay pobre mundo, pobre mundo impuro
ay pobre mundo ciego,
pobre mundo infeliz que no conoce
ni su propio concepto!

El Escorial, 21 de marzo de 1913

El Cristo de Velázquez

Edición crítica de Víctor García de la Concha

Madrid: Espasa-Calpe, 1987, pp. 356-357